
LIBRO

David Gallagher: *Otras Improvisaciones*

(Santiago: El Mercurio-Aguilar, 2004, 544 págs.)

GALLAGHERÍAS*

Arturo Fontaine Talavera

En ese conocido soneto que comienza con los versos “Un soneto me manda a hacer Violante,/ que en mi vida me he visto en tal aprieto”, Lope de Vega aborda el tópico del terror que paraliza ante la página en blanco. Sigue diciendo Lope: “catorce versos dicen que es soneto,/ burla burlando van los tres delante.” La gracia de este soneto sobre el soneto es que al ir dejando constancia de la dificultad que crea la cárcel del soneto con humor se la va venciendo. Gallagher, obligado a escribir una columna en la cárcel de 2.980 caracteres sin espacios semana de por medio, no podía dejar de tocar este asunto que persigue a cualquier escritor como un fantasma. La recomendación habitual en estos casos es “tirarse a la piscina”.

Gallagher trata de hacerlo y no: “Pero no escribo. No me tiro a la piscina”. Se acaba el disco y mientras piensa en poner uno de Mahler, de Keith Jarrett o de Pearl Jam, se encuentra escribiendo. “No sé”, dice “exac-

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. A. y M. Phil. en Filosofía, Columbia University. Director del Centro Estudios Públicos. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile. Autor de los libros *Nueva York* (poesía) (Editorial Universitaria, 1976); *Poemas Hablados* (poesía) (Francisco Zegers, Editor, 1986); *Tu Nombre en Vano* (poesía) (Editorial Universitaria, 1995); *Oír su Voz* (novela) (reeditado por Alfaguara, 2003), y *Cuando Éramos Inmortales* (novela) (Editorial Alfaguara, 1998).

* Presentación del libro *Otras Improvisaciones* en el Centro de Estudios Públicos el 29 de noviembre de 2004. Extractos del texto aparecieron en *El Mercurio*, sección Artes y Letras, del 5 de diciembre de 2004, y en la revista *Rocinante*, N° 76, febrero 2005, Santiago.

tamente cuándo ni cómo”. Y agrega: “es mejor tal vez dejarse caer a la piscina, distraídamente, de alguna forma encontrarse en la piscina, sin tener que cometer ese acto temerario que es tirarse a la piscina, estar volando en el aire entre piso y piscina”.

Como lector uno lo siente. También uno se encuentra distraídamente, sin saber cómo, ya en mitad del artículo. Cuando se va despierta con la sensación de haber vivido algo que tenía la intensidad y brevedad de un sueño. Y como en los sueños, la experiencia es imposible de reconstruir.

Pero algo nuevo ocurre al releer estos artículos como parte del cuerpo de un libro. La profunda consistencia interior y la alegría de una escritura personalísima hacen que estos artículos leídos antes a la hora del desayuno, aparezcan ahora como anticipos, como fragmentos de un solo gran friso.

El arte del ensayo se parece mucho al arte de la conversación. Y en esto Gallagher es un maestro. Se deja caer a los temas como sin querer. Da la impresión de que todo está ocurriendo ahí, espontáneamente y sin esfuerzo ni programa alguno. Es un improvisador extraordinario. “Improvisaciones” se llamó su libro anterior (CEP, 1992) y “Otras Improvisaciones” (El Mercurio-Aguilar, 2004) éste. Uno no sabe adónde va y, sin embargo, lo sigue. En una misma página coinciden el juez Garzón y Garcilazo de la Vega; de Hitler pasa a Lady Macbeth y de ella a Amina, de la ópera de Bellini. En otra crónica Armstrong pisa la luna y una mujer se ahoga en Chappaquidick sepultando las ambiciones presidenciales de Ted Kennedy, mientras Jimi Hendrix está en Woodstock y el general Viaux se encierra en el Tacna.

Esto sólo es posible por el tono a la vez casual, íntimo y sugerente. Gallagher no nos impone lo que piensa. Más bien nos induce a adivinarlo. Hay mucho humor en estas páginas. Por ejemplo, yendo por calle Monjitas ve pasar una comitiva de motocicletas y Mercedes Benz. Es el Presidente Ilescu, de Rumania, quien saca la mano para saludar. Dice Gallagher: “Había algo terriblemente triste en el saludo que brindaba porque nadie en Monjitas sabía quién era y nadie le respondía”.

Sus apreciaciones acerca del momento político o económico leídas hoy resultan premonitorias. Ajeno a los reduccionismos de cualquier naturaleza, Gallagher ha confiado en la sensatez del pueblo chileno, de sus líderes, y en las virtudes de la democracia. Los hechos, creo, le han dado la razón.

A veces, su artículo se desarrolla como una carta o parte de una noticia: una madre ahogó en Carolina del Sur a sus dos hijos y no se sabe por qué. Ese día fue al gimnasio, como siempre, a hacer aeróbica. Y de allí

comienza un recorrido lleno de sorpresas que trasciende con mucho aquello que pareció darle origen y cuya vigencia se acrecienta con el tiempo.

Aquí, abrigados y entrelazados entre estas páginas, están los grandes amores de David Gallagher. Desde luego, todo lo ruso: su historia, su literatura, su religión, sus ciudades, su música, sus museos, sus campos infinitos, la humanidad de su gente que, impulsada por pasiones extremas y contradictorias, a menudo llora como quien ríe o ríe como quien llora.

David aprendió ruso para leer a los novelistas en su idioma y lo habla casi tan bien como el castellano, el francés o el italiano. Su acento, eso sí, es un poco anticuado porque lo aprendió en París viviendo en casa de exiliados rusos. Su profesora, nieta de Tolstoi, era una vieja chapada a la antigua.

Éste es Peterhof, cerca de San Petersburgo: “Entre tanta blancura, la manera más certera de guiarse por el parque es seguir el canal, que finalmente se detiene en el mar. Claro que uno apenas se da cuenta, porque el mar está blanco, helado y nevado hasta el horizonte. Si uno sigue caminando por la línea del canal, puede incluso repetir el prestigioso milagro de caminar sobre el agua”.

Y Borges (“La obra de Borges”, dice, “más que escritura, es una suerte de lectura”) y Wagner y Proust con una Albertine que de repente, sobre una bicicleta en Balbec, se llama Sarita.

Y los viajes: de la pampa argentina al Nilo; de Nueva York a Kue-lap, en la Amazonía, una fortaleza de los indios chapapoyas contra los incas; de Calcuta a Mont Ventoux en Provenza, que escaló Pretarca; de Torcello, cerca de Venecia, a la laguna Miscanti, en el desolado altiplano chileno; de Petra a Chépica; de Chavín, ubicada a más de 4.000 metros de altura en la sierra peruana y construido 2.500 años antes de Cristo al Mar Rojo; de Siwa, un oasis en el Sahara, a La Patagonia. Y así.

Y la ópera: Moussorsky y Verdi, Gounod y Gluck, Mozart y Britten, Bártok, Antón García y Shostakovich.

Y el cine (Scorsese, Spielberg, Tarantino, Hicks, Kubrick, entre otros) y el teatro. Hay dos versiones de King Lear y un brillante comentario del “Hamlet” que montó en Londres John Caird que termina con Horacio a punto de beber la copa envenenada. Hamlet moribundo, junto a su madre y su padrastro muertos, le dice que no, que él debe sobrevivir para poder contar la historia. Y también aparece “Oleanna” de Mamet —que le permite ironizar lo “políticamente correcto”—; el Don Juan de Tirso comparado con el “Don Giovanni” de Mozart; el “Tartufo” de Molière o “El Gran Teatro del Mundo” de Calderón.

Y la pintura: de los techos copulares de Tiépolo (escribí “copulantes” pero alcancé a corregirme) a las instalaciones de Bill Viola, de Mantenga a Cienfuegos, de Szyzsló al coreano Nam June Peik y su mundo de televisores encendidos.

Y la tradición de las libertades: Orwell, Hayek, Isaiah Berlin.

Y la novela. Surgen agudos comentarios sobre los autores más diversos: Ishiguro, Donoso, Kafka, Edwards, Vikram Seth, Cerda, Wharton, Contreras, Roddy Doyle, García Márquez, James, Stendhal, Aguilar Camín, Graham Greene, Fuguet, Jane Austin, Vargas Llosa, Coetzee, Salman Rushdie... No sigo. Se cuentan anécdotas curiosas. Lord Byron propone un día a sus invitados que escriban un cuento de terror. De ahí saldrán “El Vampiro”, antecedente de “Drácula”, y “Frankenstein” de Mary Sheley. Y, cuidado, el chupasangre, el “Drácula”, le debe mucho a Darwin, a lo que éste vio en Quillota: un extraño murciélago le chupaba la sangre a una yegua. Gallagher es un experto en “Drácula”, en su macabra ofrenda de sangre que reclama de las mujeres que ama.

Y, bueno, las personas mismas que nutren todos sus amores. De allí esos retratos de Borges y Madonna, del Che Guevara y Elton John con la Princesa Diana, del rey Felipe II en el Escorial y Margaret Thatcher, de Rasputín y Lenin.

Y, en fin, su amor por Londres. Cita a Doctor Johnson: “Cuando uno se cansa de Londres, se cansa de la vida”.

Todo esto va pasando como un montaje de film y con una divertida levedad. No con la pesadez didáctica con que yo se los estoy presentando. Los alcances y referencias brotan por intensificar la captación de la experiencia, de puro gozo de vida.

No es raro, debo advertirlo, que el comentario de Gallagher sea mejor que el original que comenta. Sucede, por ejemplo, con el film “Proposición Indecente” con Robert Redford. (Ustedes recuerdan: la mujer, Diana, acepta la proposición de un millonario que le ofrece un millón de dólares y acepta con permiso de su marido). “Por cierto, la pregunta del millón ¿usted lo haría? Es interesante”, escribe Gallagher. “Algunas mujeres contestan que si fuera... con Robert Redford... Otras que con Robert Redford no, pero que con Kevin Costner, sí... Caen en la misma trampa que Diana cuando Gage (Robert Redford) le dice “no hagas nada que no quieras hacer”. Es que la que lo hace sólo si le gusta lo hace porque le gusta. Y en ese caso es capaz de hacerlo por el puro gusto. De allí que un marido tendría que preocuparse si a su mujer le importa con quién lo hace.” Cuando llega la explosión de celos del marido de Diana —el mismo

que permitió antes la transacción a cambio del millón de dólares— viene la profecía autocumplida. “Si ya cree que me enamoré de Gage, piensa Diana, ¿qué saco con no enamorarme?”

¿Cuál es el mejor de los artículos de este libro? Creo que sé la respuesta: “El arte de ser bueno”. Trata de un monje benedictino, “Dom”, al que Gallagher conoció en el colegio. En mi mente se cruza con otro monje, que le interesa a David, Zocima, de “Los Hermanos Karamazov”. “Antes de morir”, recuerda David, Zocima les dice a sus hermanos que “nadie es tan bueno como para no ser responsable de los pecados de los demás, porque todos somos capaces de cometerlos”. Esta reflexión del padre Zocima nos sigue resonando.

Pero el monje benedictino “Dom” no era Zocima, el personaje de Dostoievsky. Dom “sabía”, dice Gallagher “que es difícil ser un gran santo si uno busca serlo”. Pero, ¿será cierto? ¿Qué es lo que realmente sabía el monje “Dom” acerca de la bondad? Quizás nada; pero no hay duda, era un hombre bueno. Quizá, el secreto de la verdadera santidad asomaba sólo en su risa.

David Gallagher, sin buscar serlo, sin lanzarse a la piscina sino que dejándose caer a ella, se ha constituido, a mi juicio, en uno de los grandes del arte del ensayo en nuestra lengua. Es un privilegio tenerlo entre nosotros. □